

PALABRAS PRONUNCIADAS POR PAULO FREIRE EN PERSÉPOLIS, IRÁN, EL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1975 AL RECIBIR EL PREMIO INTERNACIONAL DE ALFABETIZACION DE LA UNESCO "NADEZHDA K. KRUPSKAYA"

Alteza
Señor Director General Adjunto de la UNESCO
Excelencias
Señores Miembros del Jurado
Señoras
Señores

Entre las muchas cosas que no sé hacer, hay una que subrayaré en este momento: discursos, en el sentido formal de esta palabra.

Reconozco, no obstante, que algo más que un "muchas gracias" he de decir al recibir este premio. No podría sólo decir "gracias" y partir. ¿Qué decir, entonces?

¿Decir de mí, de mis sueños, los de ayer, los de hoy? ¿Decir de las alegrías que me inundaron completamente al oír, emocionado, a los campesinos y campesinas, quemados por el sol, con los ojos abiertos al mundo, con sus sonrisas infantiles estampadas en el rostro, leer la primera palabra o, a veces, escribirla en el suelo, con sus instrumentos de trabajo?

¿Qué decir, más allá del "muchas gracias", que surja espontáneo, nada burocrático, de lo más profundo de mí mismo?

Me agradaría, en verdad, hablar de todas estas alegrías; de la esperanza que me impulsa, que me llama, que me hace caminar siempre, que no me permite aceptar la tentación de la estabilidad.

Me gustaría hablar de mi práctica, que jamás me perteneció en exclusividad, porque siempre fue social.

No debo, sin embargo, servirme de este momento para cantar mis emociones.

Unas pocas palabras diré, palabras de homenaje sincero y de gratitud, a los campesinos y campesinas mil, a los trabajadores urbanos de mi país y de América Latina, que me enseñaron, en mi práctica con ellos y con ellas, la lección fundamental: la de que, si realmente pretendía ser de ellos un educador, de ellos y de ellas tenía que ser un educando también.

Fue en mi práctica con, jamás sobre o simplemente para ellos y ellas que me "alfabeticé" en el mejor sentido de esta palabra. O sea, que en mi práctica con ellos y con ellas ocurrió que fui "muriendo" como un intelectual pequeño burgués y fui "renaciendo", poco a poco, como uno más, entre ellos. A ellos y ellas que me enseñaron la indispensabilidad y la radicalidad de esta travesía, que es un caminar de todos los días, les corresponde, más que a mí, este premio que acabo de recibir.

Permítanme, finalmente, que en este momento de alegría humilde, de alegría mansa, bien contenida, sienta, junto a mí, la presencia amorosa de una mujer a quien mucho debo y a quien mucho quiero -Elsa-, la madre de mis hijos, la abuela de nuestros nietos, Elsa, esposa, amiga, compañera.

Muchas gracias!

Paulo Freire